

zación. El principio liberal de la absoluta libertad de industria y comercio, debido a los economistas de Manchester, y el régimen de la competencia brutal que ha dominado en la vida industrial y domina todavía, a pesar de carteles y otras combinaciones, está ahogando en este momento la vida industrial y comercial del mundo. No hay duda que la opresión de las reparaciones le impone un gravamen demasiado severo a la actividad alemana. Pero ese no es el mal único. ¿Cómo es posible que en una nación conocida por su tenaz diligencia y admirable dominio del detalle, para no decir nada de la inventiva de sus mecánicos y la penetración de sus investigadores, las fábricas estén atestadas de productos necesarios para la vida y amenazadas de ruina con existencias formidables de artefactos, al paso que el obrero, el pequeño rentista, el empleado público apenas tiene lo justo para mantener unidos el alma y el cuerpo, alimentados inadecuadamente, vestidos apenas con decencia y asilados en moradas cuya capacidad cúbica no ofrece el aire suficiente para la vida completa y saludable? Esto no se explica sino por la incapacidad de la inteligencia humana para apreciar los hechos económicos. Y en este caso lamentable, el hecho económico es la falta de organización.

Al lado de una fábrica de calzado, próspera y dueña de mercados propicios y holgados, surgen nuevas y nuevas fábricas del mismo elemento hasta que los mercados se llenan más allá de lo necesario y quedan obstruidas las ventas porque aunque todavía hay gentes que carecen de calzado decente, ocurre que no es posible bajar el precio del artefacto sin procurar la ruina de los fabricantes, porque el costo de producción está gravado con las exigencias tiránicas del régimen de la competencia. Esas exigencias son el anuncio, los intermediarios, los agentes de ventas, la baja de los salarios, la super-capitalización de muchos casos que impiden bajar el precio del objeto hasta ponerlo al alcance de las capacidades económicas del consumidor, cuya renta disminuye si es rentista, porque las acciones de empresas que posee rinden menos con la falta de ventas, y, si es obrero, porque la crisis de la industria ha impuesto la baja de los salarios.

El goce absoluto de su libertad ha traído a la industria y al comercio a esta dolorosa encrucijada. La libertad es ahogada por la competencia y el obrero, en contra de las teorías manchesterianas, no puede aprovechar de la baja en el precio de los productos, porque esta baja supone en primer término la reducción en sus salarios, y si se prolonga y se hace más intensa, causa inevitablemente la ruina del productor.

No puede pensarse que los sabios economistas no hayan percibido esta monstruosa contradicción. Los banqueros acaso no se la expliquen, pero la sienten, porque ellos, como gerentes del capital líquido lo

recogen y no quieren otorgar créditos porque su sensibilidad los hace desconfiados y la experiencia les impone una excesiva cautela. Estas consideraciones se aplican claramente al espectáculo de una nación sola, afligida por el exceso de su propia actividad. Si se echa una mirada al panorama económico internacional, el espectáculo es todavía más desolador. Allí aparecen naciones poco favorecidas por la naturaleza para producir, a manera de ejemplo, cereales o carne, creando situaciones

artificiales por medio de barreras arancelarias para competir con regiones destinadas por decreto nominativo de la providencia para la producción fácil y abundante de aquellos elementos de vida. Lo que ha menester Alemania en este momento no es capital únicamente, sino una base orgánica de producción en el entendimiento con todos los demás países productores para eliminar una competencia que se destruye a sí misma sin provecho de nadie.

B. Sanlín Cano

Berlin, agosto de 1931.

El cementerio marino

=De Revista de Occidente. Madrid.=

Para Albert Levaillant
J. G.

*Ese techo, tranquilo de palomas,
palpita entre los pinos y las tumbas.
El Mediodía justo en él enciende
el mar, el mar, sin cesar empezando...
¡Recompensa después de un pensamiento:
Mirar por fin la calma de los dioses!*

*¡Qué labor de relámpagos consumen
tantos diamantes de invisible espuma,
y qué paz, ah, parece concebirse!
Cuando sobre el abismo un sol reposa,
trabajos puros de una eterna causa,
refulge el tiempo y soñar es saber.*

*Tesoro estable y a Minerva templo,
masa de calma y visible reserva,
agua parpadeante, Ojo que guardas
bajo un velo de llama tanto sueño,
¡oh, mi silencio!... En el alma edificio,
¡mas cima de oro con mil tejas, Techo!*

*¡Templo del Tiempo, que un suspiro asume!
A esta pureza subo y me acostumbro,
mi marina mirada rodeándome.
Como mi ofrenda suprema a los dioses,
el centelleo tan sereno siembra
en la altitud soberano desdén.*

*Como en fruición la fruta se deshace
y su ausencia en delicia se convierte
mientras muere su forma en una boca,
aspiro aquí mi futura humareda,
y el cielo canta al alma consumida
el cambio de la orilla en sus rumores.*

*¡Mirame a mí, que cambio, bello cielo!
Después de tanto orgullo y tan extraña
ociosidad, más llena de potencia,
a este brillante espacio me abandono:
sobre casas de muertos va mi sombra,
que me somete a su blando vaivén.*

*A teas de solsticio el alma expuesta,
yo te sostengo, admirable justicia
de la luz: luz en armas sin piedad.
A tu lugar, y pura, te devuelvo,
mirate. Pero... ¡Devolver las luces
una adusta mitad supone en sombra!*

*Para mí sólo, en mi solo, en mi mismo
y junto a un corazón, ya en el poema,
entre el vacío y el suceso puro,
de mi grandeza interna espero el eco,
cisterna amarga, sonora y sombría,
donde, futuro siempre, un hueco suena.*

*¿Sabes, falso cautivo de las frondas,
golfo devorador de ese enrejado,*

*secretos destumbrantes a mis ojos,
qué cuerpo al fin me arrastra a su pereza,
a esta tierra de huesos quién le atrae?
Una centella piensa en mis ausentes.*

*Cerrado, sacro—un fuego sin materia—
trozo terrestre a la luz ofrecido,
me place este lugar: ¡ah, bajo antorchas,
oros y piedras, árboles umbrios,
trémulo mármol bajo tantas sombras!
El mar fiel duerme aquí, sobre mis tumbas.*

*¡Al ídolatra aparta, perro espléndido!
Cuando, sonrisa de pastor, yo solo
apaciento carneros misteriosos,
blanco rebaño de tranquilas tumbas,
aléjame las prudentes palomas,
los sueños vanos, los curiosos ángeles.*

*El porvenir, aquí, sólo es pereza.
Nitido insecto rasca sequedades.
Quemado asciende por los aires todo:
¿En qué severa esencia recibido?
Ebria de esencia al fin, la vida es vasta,
y la amargura es dulce, y claro el ánimo.*

*¡Muertos ocultos! Están bien: la tierra
los recalienta y seca su misterio.
Sin movimiento, arriba, el Mediodía
en sí mismo se piensa y se conviene...
Testa completa y perfecta diadema,
yo soy en ti la secreta mudanza.*

*¡Yo, sólo yo, contengo tus temores!
¡Mi contrición, mis dudas, mis aprietos
son el defecto de tu gran diamante!
Pero en su noche, grávida de mármol,
un vago pueblo, entre raíces de árboles,
por ti se ha decidido lentamente.*

*Ya se han disuelto en una espesa ausencia,
roja arcilla ha bebido blanca especie,
el don de vida ha pasado a las flores.
¿Dónde estarán las frases familiares,
el arte personal, las almas únicas?
En las fuentes del llanto larvas hilan.*

*Gritos, entre cosquillas, de muchachas,
ojos y dientes, párpados mojados,
seno amable que juega con el fuego,
sangre que brilla en labios que se rinden,
últimos dones, dedos defensores:
¡Bajo tierra va todo y entra en juego!*

*¿Y aún esperas un sueño tú, gran alma,
que ya no tenga este color de embuste
que a nuestros ojos muestran ondas y oro?
¿Cantarás cuando seas vaporosa?*